7593

ANTONIO VIÉRGOL

EL NENE

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa, original

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1905

3

EL NENE

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL NENE

JUGUETE CÓMICO

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

ANTONIO VIÉRGOL

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 9 de Febrero de 1905

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número 551

1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA JUANA, 60 años (genio fuerte).....	SRA.	VALVERDE.
DOÑA MANUELA, 60 ídem (genio fuerte).....		RODRÍGUEZ (M.)
DOÑA ENCARNA, 45 íd..	SRTA.	ALBA.
LUISA, 25 íd.....		PARDO.
LORENZA, 25 íd.....		RODRÍGUEZ MENÉNDEZ
NODRIZA.....		ROMERO.
DON CRISANTO, 60 íd...	SR.	RUBIO.
DON PATRICIO, 60 íd....		LA RIVA.
DON ROQUE, 60 íd.....		SEPÚLVEDA.
NICÉFORO, 20 íd.....		SIMÓ-RASO.
ALBERTO.....		PACHECO.
TORIBIO.....		ALEMÁN.

Todos son de la clase baja enriquecidos, cursis en el vestir y toscos en los modales

Derecha é izquierda, las del actor

NOTAS: Es de vital importancia que el muñeco que represente el *Nene* sea de tamaño natural, como de un niño de tres meses y esté lujosamente vestido.

Doña Juana y doña Manuela salen en la primera escena con matinées y tocas.

ACTO ÚNICO

Gabinete cursimente amueblado con puerta al foro y dos laterales: en el centro un velador. Es de día. La escena en el verano, en un pueblo próximo á Madrid.

ESCENA PRIMERA

LORENZA, después NICÉFORO, DOÑA JUANA y DOÑA MANUELA

LOR. (Aparece limpiando los muebles) Las diez y esta gente sin dar señales de vida. A buena hora voy á tener hoy la casa arreglada. Y todo por el maldito juego de la aduana. Mire usted que pasarse hasta las dos con la campana y el martillo y el martillo y la campana; ya les daría yo con el martillo en la cabeza. Y luego dicen que en los pueblos se acuesta uno temprano. ¡Cómo se conoce que no tienen que traginar todo el día! También ha sido capricho venirse á la vez todos los abuelos á pasar una semana. Esto no es una casa; es un asilo de ancianos.

NIC. (Con un cestito al brazo lleno de frascos é imitando en el andar á los que padecen hemiplegía.) ¡Ave María Purísima!

LOR. ¿Eres tú, Nicéforo?

NIC. *Ego sum.*

LOR. ¿Ya estás con los latines?

NIC. Son resabios del seminario.

678144

LOR. ¿Y por qué colgaste los hábitos?

NIC. Porque se me atravesó la Metafísica.

LOR. ¿Y qué es eso?

NIC. Pues, verás: la Metafísica es... ¿cómo diré yo?... El estudio de las esencias de las cosas.

LOR. Vamos, sí; cuestión de perfumes.

NIC. No, mujer; esas son otras esencias. ¿Tú tienes novio allá en Madrid?

LOR. ¡Vaya una pregunta!

NIC. ¿Y qué es?

LOR. Cabo de dragones.

NIC. Bueno; pues figúrate que le estás viendo.

LOR. Eso no tengo que figurármelo.

NIC. Perfectamente; ahora figúrate que le quitan los galones.

LOR. Soldao raso.

NIC. Ahora figúrate que se quita toda la ropa.

LOR. Oye, oye; ¿y es eso lo que os enseñaban en el seminario?

NIC. Mujer, ten calma; si es que te estoy explicando lo de la esencia.

LOR. Adelante.

NIC. Quedábamos en que te figurases que se había quitado toda la ropa.

LOR. Como si lo viera. (Se queda visiblemente abstraída como si lo estuviera viendo.)

NIC. Bueno, pues oye. (Le da un golpe en el brazo.) Oye

LOR. ¿Qué?

NIC. No te abstraigas tanto. Ahora entra la Metafísica.

LOR. ¿La metá?...

NIC. Física. Figúrate que le quitan el pellejo.

LOR. Ya, ya se lo quitan bien allá en el pueblo; nos lo quitan á los dos.

NIC. Perfectamente. Ahora figúrate que le quitan la carne.

LOR. No tiene mucha que quitar porque está en los huesos.

NIC. Muy bien: pues figúrate que le quitan tambien los huesos. ¿Qué queda?

LOR. Nada.

NIC. Sí, mujer; te queda el concepto del novio, la esencia.

LOR. ¡Ah! vamos; ya sé por qué lo llaman la esensia; porque es como pasarle á una el novio por las narices.

NIC. Pues eso es la Metafísica.

LOR. Pues no lo comprendo.

NIC. Ni yo tampoco. Por eso ahorqué los habitos.

LOR. ¿Y qué traes ahí?

NIC. Las medicinas.

LOR. Ya dirá en la etiqueta para quién es cada una.

NIC. Da lo mismo. Todas son para todo. (Las va colocando sobre el velador.)

LOR. ¡Qué atrocidad! ¡Ocho frascos y un sobre!

NIC. Son los papelitos. Sí que parece esta casa un hospital.

LOR. Como que tenemos de huéspedes seis viejos.

NIC. ¿Quiénes son?

LOR. El padre, la madre y una tía de la señorita, y el padre y la madre y un tío del señorito.

NIC. Tute de suegros.

LOR. Y las cuarenta en tíos.

NIC. ¿Y son muy viejos?

LOR. Anoche estuvieron echando la cuenta en la mesa y entre todos reunen cerca de cuatro siglos.

NIC. Ponle los cuatro por los años que se quitan.

LOR. Figúrate lo que darán que hacer.

NIC. Y ¿van á estar mucho tiempo?

LOR. Han venido á pasar una semana con el nietecito, porque el domingo es su santo; pero me parece que antes del domingo se van á tirar los trastos á la cabeza.

JUA. (Desde déntro primera derecha.) Lorenza.

LOR. Ahora voy, señora.

MAN. (Desde dentro primera izquierda.) Lorenza.

LOR. Señora, allá voy. Así están todo el día; en cuanto llama una, llama la otra, y es de envidia y de rabia que se tienen; en cambio, los maridos son dos infelices.

NIC. Hace cuatro siglos que todos los maridos son lo mismo.

LOR. Pues el tío del señorito también es otra calamidad por otro estilo. Está chiflado. Todo se le olvida.

NIC. ¿Y no tiene mujer?

LOR. Cá; se le olvidó casarse.

NIC. ¿Y la tía de la señorita?

LOR. Esa es al contrario; tiene cincuenta años y todavía no ha perdido la esperanza.

NIC. Vaya, me voy á la botica, que me ha dicho mi amo que no haga más que dejar los frascos y volverme.

LOR. Adiós, Nicéforo.

NIC. (Haciendo mutis por el foro.) Y que no te se olvide lo de la Metafísica.

LOR. ¡Qué lástima que este muchacho tenga ese pequeño defecto; que no puede hacer nada con la mitad del cuerpo, según dicen!

ESCENA II

LORENZA, DOÑA JUANA y DOÑA MANUELA

JUA. (Asomándose primera izquierda.) Pero, viene usted, ó no viene?

LOR. Allá voy, señora: si es que estaba aquí el chico de la botica.

MAN. (Asomándose primera derecha.) Pero, ¿no quiere usted hacerme caso?

LOR. Señora, allá voy; si es que...

JUA. Venga usted aquí.

MAN. Aquí, Lorenza.

JUA. La llamé yo antes.

MAN. Perdone usted; la llamé yo primero.

JUA. No, doña Manuela, que fuí yo.

MAN. Fuí yo, doña Juana.

JUA. Que lo diga ella.

MAN. Que lo diga.

LOR. Doña Juana me llamó antes.

JUA. ¿Lo ve usted?

MAN. ¡Claro! ¡Quién había de ser la primera más que doña Juana! ¡Como que todas las atenciones en esta casa son para ella!

JUA. Eso quien debía decirlo era yo; que aquí no se hace más que lo que usted quiere.

LOR. Yo las serviré á las dos; no se pongan ustedes así.

JUA. No; á mí ya no me hace falta; me lo haré yo sola; así como así me hago yo mejor todo.

MAN. Pues á mí tampoco me hace falta nadie. Gracias á Dios no estoy para que me saquen al sol en una espuerta.

LOR. Pero...

MAN. Nada, nada, vaya usted á servir á la señora madre de la señorita. (Mutis, un portazo.)

LOR. Es que...

JUA. No, no; sirva usted á la señora madre del señorito. (Mutis, un portazo.)

LOR. Siempre igual: que si doña Juana, que si doña Manuela, que si doña Manuela, que si doña Juana. Tienen celos una de otra... Pues á mí... Juana y Manuela. (Va á hacer mutis.)

ESCENA III

LORENZA y DON CRISANTO. Voz de DOÑA ENCARNA

CRIS. (Sale segunda derecha.) Pero, mujer; ¿estás con esa calma y no entras á ver lo que quiero?

LOR. Si no me ha llamado usted.

CRIS. Calla; tienes razón. Ahora caigo en que en vez de tocar el timbre he dado á la llave de la luz eléctrica. Así decía yo: ¿cómo estará esta luz encendida?

LOR. ¿Qué quería el señor?

CRIS. ¿El señor?... Pues, señor; ya no me acuerdo de lo que era. ¡Qué cabeza, Dios mío!

LOR. (¡Y la llama cabeza!)

CRIS. Mira, tráeme el chocolate.

LOR. Si lo tomó usted esta mañana á las siete.

CRIS. Es verdad: se me había olvidado; se conoce que como he dormido después...

LOR. (Y no se ha despertado todavía.)

ENC. (Dentro.) Lorenza.

LOR. Mande. Con permiso. Voy á ver qué la pasa *á la niña*.

CRIS. ¿Pero no es niño mi sobrino nieto?

LOR. Sí, señor.

CRIS. Entonces, ¿por qué dices *la niña?*

LOR. Si es la tía de la señorita que, como está soltera la siguen llamando *la niña*. (Mutis por la segunda izquierda, saliendo á poco con un jarro yéndose por el foro izquierda.)

CRIS. *¡La niña!* Es lo mismo que si á mí porque también estoy soltero me llamasen el párvulo. (Fijándose en el velador.) ¡Cuánto frasco! ¡Se habrá dedicado mi sobrino á la representación de aguardientes? ¡Toma! Si son medicinas. Por lo visto está todo el mundo enfermo en esta casa. Estos viejos no se pueden pasar sin potingues. (Leyendo las etiquetas.) *Cafeina, Hemoglobina* ¿cuál será la mía? También me parece que terminaba en *ina*. *Agua de quina*. Sí, terminaba en *ina*, pero no era agua. *Vino de quina*. Tampoco era vino. *Morfina*. ¡Cualquiera lo adivina! Estos, estos me parece que son. Calomelanos, calomelanos. Sí, esta es la mía. Ya decía yo que terminaba en *ina* ó en una cosa muy parecida. Calomelanos. Me la guardaré para que no se me olvide tomármela.

ESCENA IV

DON CRISANTO y TORIBIO. Después LORENZA que sale con el jarro, haciendo pasada á la segunda izquierda

TOR. (Saliendo por el foro.) Santos y buenos nos dé Dios. Por usted vengo precisamente.

CRIS. Pues aquí me tienes.

TOR. Que firme usted este telegrama. (Dándoselo.)

CRIS. Bueno, hombre, bueno; ahora te daré un pitillo. (Se sienta á la mesa y firma el recibo del telegrama, dándoselo á Toribio. Leyendo el telegrama.) «Espero ordenes para presentar pliegos subasta. Hay muchos concursantes.» Perfectamente. Precisamente las tengo escritas. ¿Pero, qué esperas ahí?

TOR. ¿No dijo el señor que me iba á dar un pitillo?

CRIS. ¡Ah, sí, hombre; se me había olvidado! Toma. (Dándole una jabonera de metal, forma peta-

ca. Sale Lorenza con el jarro por el foro izquierda, haciendo mutis por la segunda izquierda.)

TOR. ¡Pero si esto es una jabonera!

CRIS. Calla hombre; si es que son enteramente iguales; aquí está la petaca. (Le da el cigarro á á Toribio.)

TOR. (¡Está como un cencerro!) (Vase riéndose por el foro)

CRIS. (Guardándose en el bolsillo la jabonera y la petaca.) ¡Pero qué cabeza! Cada día ando peor. Me parece que tengo tiempo de echar la carta al exprés. (Va á sacar el reloj.) ¡Atiza! ¡Pues no me he metido en el bolsillo la caja de betún en vez del reloj!... Vale Dios que da lo mismo porque siempre se me olvida darle cuerda. Indudablemente esto es una enfermedad. (Saca un pitillo y el estuche de la boquilla.)

ESCENA V

DON CRISANTO y LORENZA. Luego DON PATRICIO

LOR. (Sale por la segunda izquierda.) ¿Qué busca usted?

CRIS. La boquilla.

LOR. ¿Pero no la tiene usted en el estuche?

CRIS. En el estuche lo que tengo es una colilla.

LOR. El mejor día se va usted á estar buscando á á sí mismo

CRIS. Sí, hija sí: esta cabeza que no sé dónde la tengo.

LOR. Me parece. Esa sí que se le ha perdido y no la encuentra aunque la ponga en los papeles. Pero ¿cómo está usted?

CRIS. (Cruzando las piernas de manera que se le vean los calcetines.) Bien, ¿y tú?

TOR. Que lleva usted un calcetín encarnado y otro negro.

CRIS. (Creí que era otra cosa.) Sí, mujer. Es que se me ha olvidado mudármelos. Hoy estoy fatal. Voy á cambiármelos antes de que se me olvide. (Mira á ver si se le ha olvidado algo y va haciendo mutis muy despacio.)

LOR. ¡Pobre señor! (Vase por el foro.)

PAT. (Saliendo por la primera izquierda.) ¡Don Crisanto!

CRIS. Vuelvo, vuelvo en seguida, don Patricio. ¿Cómo se ha descansado? (Vase por la segunda izquierda.)

PAT. Muy bien, ¿y usted? (Pausa.) ¿Se ha dormido bien? ¿No le han picado las?... (Se apercibe de que está solo.) Sí; quiero advertir á don Crisanto para ver si apacigua á su hermana, porque conforme están las consuegras, ¡preveo una catástrofe! (Se dirige á la segunda izquierda y llama.) Vamos, *niña*, que ya han dado el tercer toque. No; y bien mirado, esta es la ocasión en que por primera vez en su vida tiené razón mi mujer. Aquí no se hace más que lo que quiere doña Manuela; nosotros somos ceros á la izquierda. Y es natural; al fin y al cabo es la madre de él. Ya lo dice el refrán: el que casa una hija, pierde una hija.

CRIS. (Saliendo con sombrero puesto por la segunda izquierda.) ¿Qué hay, don Patricio?

PAT. Hombre, quisiera hablar con usted, largo y tendido.

CRIS. Lo siento mucho; pero voy ahora mismo á la estación á un asunto urgente.

PAT. ¿Y volverá usted pronto?

CRIS. En seguida. Debe hacer un calor de los demonios.

ESCENA VI

DICHOS y ROQUE

ROQUE (Saliendo de la primera derecha.) Buenos días, señores; ¿se ha dormido bien?

PAT. Admirablemente. ¿Y usted?

ROQUE Así, así: pero ¿qué buscas, hombre? ¿qué buscas?

CRIS. Nada, nada. La llevo en el bolsillo. (Enseñando la carta.) Hasta ahora. (Vase por el foro.)

ROQUE ¡Que cabeza!

PAT. Este pobre hermano de usted debe tener algo de reblandecimiento del cerebro.

ROQUE Cá; si desde niño es igual. Como que no hubo medio de que siguiese ninguna carrera, y se dedicó á vivir de sus rentas, que es para lo único que no se necesita memoria.

PAT. Sin embargo: no deja de ser una desgracia que le habrá ocasionado muchas molestias.

ROQUE ¡Figúrese usted! Con decirle que vino aquí á pasar una semana y se dejó olvidada la dentadura postiza y ha tenido que pedirla por telégrafo... Como que no puede tomar más que sopas de leche.

PAT. Ya lo he visto: pero creí que estaba sometido á tratamiento lácteo. Y apropó-ito de tratamiento. ¿Habrá usted visto cómo se tratan nuestras respectivas mujeres?

ROQUE Sí, señor, sí; ¡y cómo nos tratan á nosotros!

PAT. Créame usted que más que como consuegro le tengo á usted cariño como... vamos, como...

ROQUE Como compañero de condena.

PAT. ¡Treinta años, don Roque!

ROQUE ¡Treinta y cinco y un día, mi querido don Patricio! Ayer hizo precisamente los treinta y cinco años.

PAT. Y, diga usted, ¿á usted también le... le?... No sé cómo decírselo de manera que le haga menos daño.

ROQUE ¿Menos daño? Yo sé lo que me quiere usted preguntar. Con una zapatilla.

PAT. ¡Qué suerte tiene usted! A mí con la bota; y no sabe usted el trabajo que me ha costado convencerla de que debía calzarse á la inglesa.

ROQUE ¿La de usted tiene el pie pequeño?

PAT. El treinta y ocho. Toda la cara.

ROQUE Pues la mía el cuarenta. Toda la cruz.

PAT. ¿Y hace mucho tiempo?

ROQUE Al mes de casarnos.

PAT. ¡Cuándo digo que es usted el hombre de la suerte! A mí desde que éramos novios.

ROQUE ¿Y por qué se casó usted?

PAT. ¡Calle usted, hombre! No sabe usted cómo

me hubiera puesto el cuerpo si no me caso. Toque usted aquí. (Señalando á la cabeza.) La primera amonestación.

ROQUE ¿Y usted qué hace cuando?...

PAT Nada.

ROQUE Lo mismo hago yo.

PAT. Pues ahora es menester que nos unamos porque estas disensiones familiares, pueden influir en la felicidad de nuestros hijos. Al fin y al cabo se trata de sus respectivas madres.

ROQUE ¿Pero qué medio quiere usted que encontremos de momento, cuando en treinta años no hemos encontrado ninguno?

PAT. Se me ocurre una idea.

ROQUE Veamos.

PAT. La señora de usted, no está en el secreto de que á mí me sucede con la mía lo que á usted con ella.

ROQUE Claro que no.

PAT. Pues mi Juana vive en la misma ignorancia con respecto á usted.

ROQUE Comprendido. Que cada uno trate de dominar á la ajena.

PAT. Exactamente. (Mirando hacia la primera izquierda.) Aquí viene. Por probar, nada se pierde. Ande usted con ella.

ESCENA VII

DICHOS y DOÑA JUANA. Después ENCARNACIÓN

JUA. (Saliendo por la primera izquierda.) Buenos días. (Con muy mal humor.)

ROQUE (A don Patricio.) Digo, ¿eh? Vaya un saludito para animar.

JUA. (Dirigiéndose á la segunda izquierda dando un golpe.) ¿Estás ya lista, niña?

PAT. Ya debe estar acabando. (A don Roque.) Ánimo, don Roque, por nuestros hijos. Vamos á evitar el disgusto.

ROQUE (A don Patricio.) No les vayamos á dar otro mayor...

JUA. Acaba con mil demonios: que no vamos á llegar ni á la bendición.

ROQUE (A don Patricio.) ¡Está de buen humor!

PAT. De mil demonios: ya lo ha oído usted.

JUA. Don Roque: tiene usted una mujer inaguantable.

PAT. (A don Roque.) Diga usted que no.

ROQUE (A don Patricio.) Ni en broma.

JUA. Si se ha creío que mi niña es huérfana, se equivoca, porque tiene madre.

PAT. Juanita, que te has olvidado de que también tiene padre.

JUA. (A don Patricio.) No es extraño. Como hace tiempo... (A don Roque.) Quiere imponer su voluntad á todo el mundo.

ROQUE Señora, bien mirado...

JUA. Hay cosas que no parecen bien por ningún lado que se las mire.

ENC. (Saliendo segunda izquierda.) Aquí estoy yo.

PAT. (No ha podido salir con más oportunidad mi cuñada, porque una de esas cosas es ella.)

JUA. ¿No es verdad, niña, que es cierto lo que yo digo?

ENC. No se de qué están ustedes hablando.

JUA. De la mujer de don Roque.

ENC. Entonces, es verdad.

ROQUE (Me descompone esa mujer con esos gestos que parece que se está comiendo un limón.)

JUA. ¿Lo ve usted? También mi hermana está harta de sus imposiciones. ¿No es verdad, niña?

ENC. Ciertísimo. Don Roque, su señora de usted es muy dominanta.

JUA. Créame usted que si no fuera por el nene, ya lo habíamos echado todo á rodar.

PAT. Pero mujer...

ENC. Tú te callas.

ROQUE (Pobre don Patricio; también la cuñada; afortunadamente mi esposa era hija única.)

JUA. Pero no queremos darle un disgusto á un niño de tres meses.

ESCENA VIII

DICHOS y DOÑA MANUELA

MAN. (Sale primera derecha.) Señora; lo he estado oyendo todo y no sé cómo he tenido paciencia para peinarme.

JUA. Verdaderamente, que para hacerse ese peinado, se necesita mucha paciencia.

ROQUE (A don Patricio.) Toman la discusión por los pelos.

PAT. (A don Roque.) Acabarán arrancándoselos.

MAN. No quiero contestarla á usted esa grosería; en algo se ha de distinguir la diferencia de clases. La culpa la tuve yo por permitir que mi hijo se casara con la hija de un prestamista.

PAT. Señora, que yo soy corredor de alhajas.

MAN. Así corrió usted á su hija.

JUA. No, que su marido de usted no presta.

ROQUE Soy apoderado de clases pasivas.

JUA. ¡Y tan apoderado!

ROQUE (A don Patricio.) ¿Ve usted cómo nos han conocido?

ENC. Vámonos á misa y déjala.

MAN. Sí, vayan ustedes á dar gracias á Dios por el casamiento de la niña.

JUA. Usted si que debía llevar hábito por haber encontrado semejante colocación para su hijo. ¿Dónde tendría mi Luisa los ojos para enamorarse de él?

MAN. ¿En qué estaría pensando mi Alberto para casarse con ella?

ENC. ¡Diga usted que no parece bien que una muchacha soltera se meta en estas conversaciones que si no, ya le diría yo á usted cuatro frescas!

MAN. ¿Uted frescas? ¡Qué más quisiera!

JUA. ¡Ah, si mi esposo no fuera un bragazas!...

ROQUE (A don Patricio.) Eso va por usted.

MAN. ¡Ah, si no fuera un Juan Lanas el mío!

PAT. (A don Roque.) Y eso por usted.

ENC. Ya, ya. ¡Qué hombres! Y luego quieren que una se case...

PAT. (A don Roque.) Hagamos una salida heróica.

ROQUE (A don Patricio.) ¡Cualquiera sale con esta tormenta!

JUA. Por supuesto, que yo ya sé lo que usted pretende; pero se va á llevar chasco.

MAN. La que se va á llevar chasco, es usted.

JUA. Usted quiere echarnos de esta casa.

MAN. Eso usted, que lo mangonea todo.

JUA. Usted, que hasta dispone las comidas.

MAN. Usted, que acapara los ciados.

ENC. Déjala, que es una ordinaria.

MAN. ¿Yo ordinaria, so cursi?

JUA. Esperpento.

MAN. Rabaneras.

PAT. (A don Roque.) Se van á matar.

ROQUE (A don Patricio.) No caerá esa breva.

JUA. Si vuelve usted á hablar la arranco los postizos.

MAN. ¿Usted á mí? (Hace intención de acometer.)

ESCENA IX

DICHOS y la NODRIZA

NOD. (Por el foro.) De qué buen humor se han levantado las señoras.

TODOS ¡¡¡El nene!!! (Corren hacia ella y rodean al ama.)

JUA. (Arrebatándole la criatura y llevándosela á un lado donde la seguirán Encarna y don Patricio.) Ven acá tú, precioso, rico mío, encanto de la casa.

PAT. Huy, la gloria de su abuelito, que se lo va á comer.

ENC. Repocholero.

PAT. ¡Ajito al nene, ajito!

JUA. Que no le metas el dedo en la boca, que te apesta á tabacazo. (Le da un empujón.)

PAT. Mujer, que me has hecho daño.

JUA. ¿Lo ves? Ya va á llorar.

ENC. Qué carita pone más triste.

JUA. No llores tú, monín, cielo.

PAT. Mamola, el nene, mamola.

MAN. (Que está impaciente en el otro lado de la escena con don Roque y con el ama.) ¿Pero ha visto usted, ama? ¿Pero ves tú?

ROQUE ¿El qué?

MAN. Nada; que no hay manera de que me dejen al niño dos minutos.

ROQUE Claro, ¿á quién se le ocurre tener un hijo para cuatro abuelos y dos tíos abuelos por añadidura?

NOD. ¿Pues qué quería usted?

ROQUE Qué menos que unos gemelos; á niño por familia.

MAN. Ea, ya me canso yo; señora, venga el niño, que yo también soy su abuela. (Se le arrebata y se le lleva al otro lado de la escena.) Corazón, que no te dejan á tí un minuto con tu abuelita paterna.

ROQUE Pimpollo, rosa de Mayo.

MAN. Que es el vivo retrato de su papaíto.

ROQUE Cu cú, cu cú.

JUA. (A don Patricio y Encarna.) ¿Pero, estais viendo?

ENC. Es una verdulera esa mujer.

JUA. ¿Conque es decir que ni siquiera puede una tener á su nieto en esta casa?

ENC. Ahora mismo nos marchamos.

PAT. Bien pensado.

JUA. ¿Marcharnos? Ya se me acabó la paciencia. Señora, venga el niño.

MAN. Está muy bien con nosotros.

JUA. ¿Y por qué me le han quitado ustedes?

ROQUE Porque tenemos derecho á ello

PAT. Poco á poco, don Roque: derecho lo tenemos todos.

ROQUE Somos los padres de su padre.

PAT. Y nosotros los padres de su madre.

ENC. Y yo soy la tía.

JUA. No se le quito á usted á la fuerza, por no hacerle daño al angelito.

MAN. Eso lo veríamos.

JUA. Sobre todo, mi hija es quien le ha parido.

MAN. Pues si su hija de usted le ha parido, mi hijo es...

ESCENA X

DICHOS y DON CRISANTO

CRIS. ¿Pero qué escándalo es este que se oye desde la calle?

MAN. Estos señores que no quieren que tengamos á nuestro nieto.

JUA. Usted, que nos le ha quitado de los brazos.

CRIS Se acabó; ni unos ni otros: venga el nene. (Se pone á pasearlo de un lado á otro de la escena, cómicamente.)

JUA. Así no se puede vivir en esta casa, y como estamos mejor educados que ustedes, hoy mismo nos marchamos.

MAN. Los que nos vamos somos nosotros, que tenemos más delicadeza.

JUA. Puede usted mandar á su gusto.

MAN. Usted que se queda ama de todo.

CRIS. ¿Pero se quieren ustedes callar? (Deja el niño encima de la mesa para poner paz.)

NOD. ¡El nene! (Corre hacia la mesa y coge al niño.) Ven acá, hijo mío, que te están dando una paliza.

CRIS. (Ya no me acordaba de que era el niño lo que tenía en los brazos: hoy estoy rematado.)

JUA. Vámonos á misa y en cuanto volvamos, á preparar el equipaje.

ENC. Sí, vámonos; que aquí no hay ni bailes ni siquiera quien haga juegos de manos. (Mutis, animado, por el foro, Juana, Encarna y don Patricio.)

MAN. Ahora mismo á hacer las maletas.

CRIS. ¡Cielos! ¡La carta! ¿pero qué habré echado yo en el buzón del tren?

MAN. Tú.

CRIS. Qué.

MAN. A liar los bártulos.

CRIS. Sí; tengo que ir hoy mismo á Madrid á un asunto urgente.

MAN. Pues, anda. (Hace mutis derecha con Patricio.)

CRIS. (Haciendo mutis.) Me voy á cruzar en el camino con la dentadura postiza.

NOD. De buen humor se han levantado hoy los abuelos. Bien dicen que la educación no se aprende, porque con los años que tienen ya la debían haber aprendido. El señorito sí que lo entiende: coge por la mañana la escopeta y se va todo el día de caza para no sufrirlos: en cambio á la señorita la están quemando la sangre.

ESCENA XI

NODRIZA y LUISA

LUISA (Por el foro.) ¿Se han levantado ya los señores?

NOD. ¿Que si se han levantado? ¡Y á tiros, como los carlistas!

LUISA ¿Pues qué ha ocurrido?

NOD. Que á poco parten al niño en dos pedazos como una manzana.

LUISA ¡Al nene!

NOD. Tirando los padres del señorito de un lado, y los de la señorita del otro, que lo menos debe haber dado de sí el angelito cuatro dedos.

LUISA ¿Pero por qué?

NOD. Porque las dos abuelas querían besarle y tenerle en brazos á la vez.

LUISA Encanto, ¿que te han hecho á tí los abuelitos, vida?

NOD. Déjele usted, señorita; que está dormido.

LUISA ¿Y habrán regañado?

NOD. Se han dicho cuanto tenían que decirse, y no han llegado á pegarse, porque ya sabe usted que los papás son prudentes de suyo...

LUISA Entre unos y otros van á acabar por volverme loca.

NOD. Si en lugar de un niño hubiesen tenido los señoritos unos gemelos...

LUISA Sería lo mismo: querrían á la vez las dos abuelas mirar por ellos.

NOD. La compadezco á usted, señorita.

LUISA Y habrán acabado, como siempre, haciendo las paces.

NOD. No, señorita; haciendo las maletas.

LUISA ¿Las maletas?

NOD. Sí; los padres del señorito están ya preparando el equipaje; los de la señorita lo harán en cuanto vuelvan de misa.

LUISA ¿Pero se van?

NOD. Esta misma mañana.

LUISA ¡Qué disgusto!

NOD. (¡Pues no lo siente!)

LUISA ¡Marcharse antes del santo del nene, cuando sabe todo el mundo que solo vinieron á eso! Ande, ama; dígale á *Riquitrum* que vaya corriendo á la balsa del cercado á avisar al señorito que debe estar con el confitero esperando las perdices.

NOD. Iré yo misma (Mutis.)

LUISA No, que hace mucho calor para el nene. ¡Qué familia, Dios mío, qué familia! Van a acabar conmigo.

ESCENA XII

LUISA y DOÑA MANUELA

MAN. ¡Hola! me alegro encontrarte.

LUISA ¿Qué tal, se ha descansado, mamá Manuela?

MAN. ¿Descansado? Ya, ya descansaré, y afortunadamente muy pronto.

LUISA ¿Quién piensa en eso? Está usted todavía muy joven.

MAN. (¡Esta ya quiere matarme!) Me refiero al descanso de mi casita, en donde pienso estar, si Dios quiere, esta noche.

LUISA Pero ¿se van ustedes?

MAN. Nos vamos, mejor dicho, nos echan.

LUISA ¿Quién?

MAN. ¿Quién ha de ser; tus papás que no le dejan á una ni siquiera besar al niño.

LUISA Mamá Manuela, por Dios; si es que á usted se le ha metido en la cabeza que aquí se tiene preferencia por ellos.

MAN. Y es natural, hija; al fin y al cabo, son tus padres.

LUISA Y ustedes son los padres de mi marido.

MAN. Sí; pero ya sabes tú que los maridos hacen todo lo que quieren sus mujeres.

LUISA Eso será el de usted, que Alberto hace su santísima voluntad.

MAN. Pues no es eso lo que ha visto en casa.

LUISA Quédense ustedes, no nos den ese disgusto; todo el pueblo sabe que han venido á celebrar el santo del nene, y si ustedes se marchan, va á ser una campanada.

MAN. Y si nos quedamos, un toque de arrebato; porque tu mamá y tu tía se arrebatan muy fácilmente.

LUISA Yo las hablaré, yo las convenceré, quédense ustedes y no nos den ese disgusto.

MAN. No, hija mía, que he pasado muchas rabietas en mi vida y no tengo ganas de pasar más.

LUISA ¿Y si se lo pide Alberto?

MAN. No hay cuidado; ese es el primero que está deseando que nos marchemos. (Va hacia la segunda derecha.) Crisanto, que no te olvides de hacer el equipaje.

LUISA Ustedes van á ser la causa de que por el cielo de mi matrimonio cruce la primera nube.

MAN. Y si nos quedamos la primera tormenta.

LUISA ¿De modo, que se van ustedes?

MAN. Como que salia á decir á la doncella que no deje de avisar á un mozo para que venga por las maletas.

LUISA Se le avisará.

MAN. Muchas gracias. (Mutis.)

LUISA ¡Qué se le ha de hacer! No dirá mi suegra que no he tenido con ella delicadeza y cortesía; que no me he portado como una hija... política. Y bien mirado, es una solución

que se vayan, porque las dos consuegras juntas son incompatibles; en cambio los papás se llevan perfectamente. Está visto que se puede tener dos padres; pero dos madres, imposible.

ESCENA XIII

LUISA, DOÑA JUANA y DON PATRICIO

LUISA Hola, mamaíta. (La besa) ¿Y mi viejecito? (Besa á don Patricio.) ¿Y la tía?

JUA. Se ha quedado atrás despidiéndose de las mozas del pueblo.

LUISA Pero, ¡qué tarde os habéis levantado hoy!

PAT Sí, hija; tarde y con daño.

LUISA Está visto que á las consuegras les pasa lo que al sol y á la luna, que no se pueden ver juntos ni en el cielo.

JUA. Sobre todo, cuando son como la madre de tu esposo.

LUISA Vamos, que tú también tienes tu geniecito.

JUA. Eso solo me faltaba; que me echases ahora la culpa.

LUISA Que lo diga papaíto.

JUA. Que lo diga. ¿Hemos tenido tú y yo en la vida un solo disgusto?

PAT. ¿Un solo disgusto? Claro que no, mujer.

JUA. ¿Ea, lo ves? No, si no me extraña que estés de parte de esa fiera; al fin y al cabo, es la madre de tu marido.

LUISA Pero, mamaíta...

JUA. Sí, ya lo dice el refrán: «El que casa una hija, pierde una hija.» Anda, Patricio, no vayamos á perder también el tren, como hemos perdido la misa.

LUISA Mamaíta, ¡por Dios! eso es dar un escándalo.

PAT Si nos quedamos, daremos veinte.

LUISA Mamaíta...

JUA. Nada, que nos vamos. (Mutis los tres muy animado por la izquierda.)

ESCENA XIV

DON CRISANTO. Después, DOÑA ENCARNA. Luego LUISA

CRIS. (Buscando.) ¿Por qué venía yo? ¡Ah, sí! ya me acuerdo. Pues, no, no me acuerdo. Y el caso es que era una cosa muy importante. ¡Demonche de memoria!

ENC. Hola, don Crisanto. De fijo que está usted como siempre, buscando algo que tiene delante de las narices.

CRIS. Pues no señora; porque delante de las narices la tengo á usted y no la buscaba.

ENC. ¡Qué genio! Cómo se conoce que es usted un solterón empedernido.

CRIS. (¿A que se ha casado ésta y ya no me acuerdo?)

ENC. Si todos los hombres fueran como usted, estábamos divertidas las muchachas solteras.

CRIS. No veo yo que haya usted tropezado con otros muy diferentes.

ENC. ¡Ay, hijo! no vaya usted á creer que si hubiera tenido interés, no me hubiera casado.

CRIS. (¡Y teniendo capital, más pronto!)

ENC. Ya ve usted; no he hecho más que llegar á este pueblo, y si quisiera, me casaba con el juez del partido.

CRIS. ¿Y por qué desperdicia usted un partido así?

ENC. Porque tiene siete hijos, y aunque conmigo no tuviese más que otros tantos...

CRIS. Después de tener siete no es lo probable...

ENC. Pero, ¿y yo que no he tenido ninguno?

CRIS. ¿Y está muy enamorado ese . juez?

ENC. Enamoradísimo: ayer me hizo la declaración.

CRIS Me parece que va usted á perder el juicio.

ENC. Me dijo que su destino le atraía hacia mí.

CRIS. Naturalmente. (¡Como que el destino de un juez es el de levantar muertos!)

ENC. Que era el vivo retrato de la difunta.

CRIS. (Identificó el cadáver.)

ENC. Que debía tener unas formas preciosas.

CRIS. Encarnita; no revele usted el secreto del sumario.

ENC. Que estaba muy fresca.

CRIS. (No; y sí que está frescota todavía.)

ENC. ¿Qué dice usted?

CRIS. Eso; que está usted fresca.

ENC. Pues, mire usted; ya quisieran algunas muchachas de quince años tener las carnes tan apretadas como yo las tengo.

CRIS. (Tocándola un brazo.) Sí que están apretaditas.

ENC. Don Crisanto...

CRIS. Perdone usted: era una prueba pericial.

ENC. ¿De vera?

CRIS. Tendría gracia que usted y yo...

ENC. ¿Y por qué no? Así se unirían más las familias.

CRIS. Que buena falta las hace.

ENC. A nadie le chocaría. (Acercándose coquetonamente.)

CRIS. A nadie. (La abraza.)

ENC. (Viendo á Luisa que sale primera izquierda.) (¡Nuestra sobrina!)

CRIS. (¡Horror!)

LUISA (Que ha salido limpiándose los ojos como de haber llorado.) No, no disimulen ustedes: ¿conque abrazaditos?

ENC. (¡Qué vergüenza!)

CRIS. Una distracción...

LUISA Magnífico, queridos tiítos; ¿cuándo es la boda?

ENC. (Debo estar como un tomate.)

CRIS. Es que...

LUISA ¡Qué alegría! ¿Ven ustedes como lo que les decíamos cuando nos apadrinaron ha salido verdad? Una boda hace ciento. Y con qué oportunidad. ¡Qué alegría!

ENC. Déjame en paz. (Haciendo mutis.) (Voy á arreglar los bártulos y no paro hasta el fin del mundo.)

LUISA Pero tía...

ENC. Que no me llames tía, que me da mucha rabia.

LUISA Bueno, mujer, desde ahora te llamaré señora de mi tío.

ENC. (Enfadada.) ¡Bah!... (Mutis segunda izquierda.)

CRIS. (Haciendo mutis muy cómicamente.) Una distracción... Salí á buscar no sé qué... y empezamos á hablar no sé de qué... y nos encontramos así no sé cómo y.. (Se da un porrazo en la cabeza contra la puerta de su cuarto y hace mutis precipitado.)

LUISA ¡Ja, ja, ja! Bien dicen que para el amor no hay barreras: los otros tirándose al degüello y éstos arrullándose como tórtolos.

ESCENA XV

LUISA y ALBERTO

LUISA Alberto.

ALB ¿Qué ocurre que me llamas con tanta prisa?

LUISA Que se van los papás.

ALB ¿Los tuyos?

LUISA Y los tuyos.

ALB. Pero ¿á dónde?

LUISA A sus casas.

ALB. ¿Por qué?

LUISA Porque las dos mamás están celosas una de otra y quieren tener el niño á un tiempo, y han armado una pelotera horrible.

ALB. Habrá sido la tuya, que tiene un genio insoportable.

LUISA Poco á poco, Alberto, que la tuya no se queda atrás.

ALB Habrá visto preferencias.

LUISA ¿Preferencias? y no sé dónde ponerlos.

ALB. Tu madre tiene un carácter absorbente.

LUISA Sí, sí; ¡cualquiera se sorbe á la tuya.

ALB. La mía es un ángel.

LUISA Eso es tanto como decir que la mía es un demonio.

ALB Por lo menos lo parece.

LUISA Te parecerá á tí, que nunca has podido atravesarla.

ALB. Pero... ¿también vamos á regañar nosotros?

LUISA Tienes razón; nosotros no debemos regañar. ¡Qué sería del pobre nene!

ALB. Me le llevaría yo.

LUISA ¡Cá! Se vendría conmigo.

ALB. Me corresponde á mí, según el Código.

LUISA Le corresponde á la madre; estoy muy bien enterada.

ALB Pero, ¿no hemos dicho que no debemos regañar?

LUISA Tienes razón: debemos buscar un medio para que no se vayan.

ALB. ¿Y cuál?

LUISA Eso digo yo.

ALB. Se me ocurre una idea.

LUISA Ya están aquí.

ESCENA XVI

DICHOS, DOÑA JUANA, DOÑA MANUELA, DOÑA ENCARNA, DON ROQUE, DON PATRICIO, DON CRISANTO y después LORENZA. Todos ellos salen con las maletas, sombrereras y una porción de bultos, y se quedan parados en sus respectivas puertas

ALB. (A Luisa.) Llora.

LUISA (A Alberto.) Pero, ¿por qué?

ALB. (A Luisa.) Llora fuerte. (Luisa llora estrepitosamente.) ¿Se marchan ustedes? (Muy compugido.)

PAT. (Con mucha solemnidad.) Lo sentimos mucho, pero no hay más remedio.

ROQUE No hay más remedio; lo sentimos mucho.

ALB. Está bien. (A Luisa.) (Aprieta.) (A los abuelos, y muy compungido.) ¡Nos dejan ustedes en estos momentos tan tristes!

PAT. ¿Qué ocurre?

ALB. Que el nene...

(Avanzan todos al mismo tiempo con los bultos en la mano, hasta que estos tropiezan unos con otros, rodeando á Alberto.)

JUA.
MAN.
ENC.
PAT.
ROQUE
CRIS.
} ¡¡¡Qué!!!

ALB. Se le ha ido al ama de los brazos y ha caído al pozo.

PAT. ¿Y se ha ahogado?

ALB. Sí. (Todos tiran los bultos al suelo á un mismo tiempo.)

JUA. (Llorando.) ¡Ay, hijo de mis entrañas!

MAN. ¡Ay, nene de mi corazón!

PAT. ¡Pobre nenito, no quiero verle!

ROQUE ¡Qué desgracia!

CRIS ¡Se necesita tener mala cabeza para olvidarse de tapar el pozo!

LOR. (Entra foro.) (Pero estos señores se han vuelto locos.) (1)

JUA. ¡Ay, doña Manuela de mi alma, qué catástrofe! (La abraza.)

MAN. ¡Ay, doña Juana de mi vida, qué desgracia tan grande! (La abraza.)

PAT. ¡Don Roque de mi vida! (Abraza á don Roque.)

CRIS ¡Válgame Dios, qué pena! (Va á abrazar á Lorenza.)

LOR. (Retirándole.) Que se distrae usted.

CRIS. ¡Qué pena! (Da la vuelta, se encuentra con doña Encarna; ésta abre los brazos para abrazarle, pero él la da un empujón y sigue hasta colocarse de espaldas en una silla á un extremo de la escena, con la cabeza entre las manos, sin hacer caso de nadie.)

ALB. ¿Ven ustedes lo unidos que están, cómo se buscan, cómo se abrazan en la desgracia? Pues, ¿por qué no han de hacer lo mismo en la alegría? ¿Por qué no se han de querer así siempre?

PAT. ¿Qué dices?

ALB. Que todo ha sido una broma para demostrarles á ustedes lo ridículo de sus odios: el nene está bueno y sano y ustedes abrazados y tan amigos.

LUISA Aquí está el nene.

TODOS ¡El nene! (Corren hacia ella.)

---

(1) Procuren las actrices que encarnen los papeles de doña Juana y doña Manuela dar gran relieve á este momento del abrazo, porque de él depende el desenlace de la obra. Permanezcan abrazadas hasta la aparición de Luisa con el nene.

LUISA ¡Poco á poco! ¡que me lo van ustedes á aplastar!

CRIS. (Levantándose de la silla y sin haberse enterado de nada.) ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¡Qué pena tan grande! (Todos se ríen de él.)

ROQUE Si ha sido una broma; si está aquí el nene.

CRIS. (¡Vaya unas bromitas!)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y NICÉFORO

NIC. (Entra desaforado por el foro hasta el centro de la escena.) ¡Señores! ¡Señores!

MAN. ¿Qué pasa?

NIC. Ustedes perdonen: una equivocación.

JUA. ¿Pero qué?

NIC. Que entre las medicinas que he traído hay una equivocada y es un veneno activísimo.

JUA. ¿Y cuál es?

NIC. Los calomelanos.

CRIS. ¡La mía! ¡Socorrooo! ¡Socorrooo! (Se sienta en la silla más próxima dando ostensibles señales de estar envenenado.)

PAT. ¡Un médico!

ENC. (Está visto que me quedo soltera.)

MAN. Pero, ¡dónde te duele?

CRIS. No; si no me duele.

ROQUE Pero, ¿tomaste mucha?

CRIS. ¡Calla!

TODOS ¿Qué?

CRIS. Que ya sé lo que eché en el buzón del exprés: el sobre de los calomelanos.

PAT. Luego dirán ustedes que no tiene cuenta ser descuidado.

ALB. Ea, á comer, á celebrar la paz de la familia.

LUISA Y el matrimonio de tío Crisanto y Encarnita.

ENC. ¡Chiquilla!

LUISA Ya ya les contaré á ustedes en la mesa.

CRIS. Este es el descuido que me va á costar más

caro. ¡Señores! Parece mentira que tenga yo que darles una lección de memoria.

(Al público.)

Pues que vamos á comer,
yo por todos les invito
y ahora nos falta saber
si llegaremos á ver
hecho al nene un hombrecito.

TELON

JUICIOS DE LA PRENSA

Si se tratara de un autor cualquiera saldría del paso con dos líneas, diciendo que el juguete cómico *El nene* agradó mucho al respetable público y que el «padre de la criatura» salió á escena varias veces entre entusiastas aplausos. Pero se trata de un compañero de redacción, con quien uno vive á diario, compartiendo las mutuas amarguras y las mutuas satisfacciones, y en este pueblo, donde cada cual se da bombo á sí mismo si la casualidad le pone una pluma en la mano ó en cualquiera otra extremidad, y habla del «yo» como si el mundo girase por su voluntad en torno suyo, creo que el extenderse un poco, celebrando la fortuna y el ingenio de un amigo muy querido, no es pecado de mucha monta y puede ser perdonado sin ensanchar mucho la manga.

En *El nene* ha querido Antonio Viérgol, tomando por base una idea muy delicada, lucir su *vis* cómica, que es mucha, y la gran facilidad que posee de entretener y divertir sin recurrir á dislocamientos censurables siempre y á inauditos atentados contra el sentido común.

El asunto es insignificante por la cantidad; pero envuelve una nota sensible de exquisita ternura, que el autor ha sabido presentar con mano hábil y seguro del efecto que tenía que producir.

Soy enemigo de referir los argumentos de las obras, no porque este sea un medio seguro de «escurrir el bulto» sin comprometerse á nada, sino porque supongo que las obras sufren un grave perjuicio si se las quita el interés para las representaciones sucesivas. Por eso me abstengo de decir lo que pasa en *El nene*.

El público celebró con ruidosas carcajadas el ingenio de la frase y la habilidad en la preparación de las principales situaciones, y al concluir el juguete llamó con insistencia al palco escénico á mi compañero Viérgol.

Nada nuevo puede decirse de la ejecución tratándose de «los de Lara». En este teatro se hace encaje fino de Bruselas en cuanto á la interpretación de las obras, y están terminantemente desterradas las falsificaciones.

Las dos suegras corrieron á cargo de dos *infelices* artistas, la Valverde y la Rodríguez, y no me van á creer ustedes si les digo que estuvieron admirables de naturalidad y gracia.

El mejor tipo de la obra, la ridícula solterona, tuvo en Leocadia Alba insuperable encarnación, y bien puede afirmarse que, con ser muchos los *personajes* creados por esta notable actriz, pocos como éste lo habrán sido con mayor fortuna.

Los tres viejos, Rubio, La Riva y Sepúlveda, inimitables, y sobresaliente Simó-Raso en su corto papel También merece un sincero aplauso la señorita Pardo, que avanza rápidamente en su carrera.

Un gran éxito para autor y actores.

Y ya es hora de que se acueste *El nene*, porque va á tener que salir muchas noches en Lara y bueno es que salga descansadito.—L.

(El Liberal).

***

Anoche se verificó en Lara el estreno del juguete cómico *El nene*, original de nuestro querido amigo el redactor de *El Liberal* D. Antonio Viérgol.

La obra gustó mucho, haciendo pasar al público un rato delicioso.

Su argumento se reduce á los celos seniles de cuatro abuelos, rivales por querer acaparar el cariño de su nieto, de edad de tres meses.

La riña de las consuegras (Sras. Rodríguez y Valverde) y las lamentaciones de sus respectivos esposos, que se cuentan mutuamente sus desdichas conyugales, son dos escenas de agudo ingenio que el público aplaudió con entusiasmo.

Rubio caracterizó admirablemente un olvidadizo delicioso.

Muy bien la Sra. Alba en su papel de solterona, y discretísimos las Srtas. Pardo y Rodríguez y los Sres. La Riva y Sepúlveda.

El autor de la obra salió á escena varias veces entre aplausos nutridísimos.

El nene durará mucho tiempo en el cartel de Lara.—V.

(La Correspondencia de España).

***

El sastre del Campillo es uno de los escritores festivos que más lectores tienen en España. A un agente periodístico le oí decir, al regresar de un viaje de propaganda, lo que dicho queda. Naturalmente, me alegré. No sólo por el amigo, á quien estimo, sino porque el renombre de los compañeros y

el aprecio en que los tiene el público, me producen una gran satisfacción.

Consignado esto, declaro, y no necesito probarlo, que el éxito entusiasta que anoche, al estrenarse, obtuviera *El nene*, me ha servido de íntimo regocijo.

¿Tenía deseos ya de reir francamente el público de Lara? Pues encontró, después de tantos tanteos inútiles, una obra con gracia sana, con chistes al natural.

Lo cómico en este sainete resulta de las situaciones, como en ley de arte debe suceder, sin echar nunca mano de los retruécanos insubstanciales, que saltan del diálogo extraídos con sacabocados.

El nene ha agradado en extremo. Reía anoche el público con ganas. Verdad es que los habituales concurrentes á Lara ya necesitaban una obra que les divirtiera. Viérgol lo ha conseguido con creces, y por eso se le tributaron aplausos. Hubo en ellos reconocimiento de méritos literarios, de grandes condiciones artísticas, y un poco de gratitud... ¡Daba un respiro para la risa!

Bien estuvo la interpretación. Estreno en Lara, ya se sabe que es obligado, por justicia, el elogio.—ANGEL GUERRA.

(El Globo).

***

Una familia feliz, acomodada, y en la que pueden ir turnando para mecer la cuna de un adorado nietecillo, sin que ninguno falte á la lista de los vivos, cuantos abuelos corresponden por clasificación á cada quisque que tiene la comodidad de venir al mundo.

Forman, pues, la familia dos abuelos maternos, dos paternos, un matrimonio joven, hijo él é hija ella de los que resultan abuelos para un mamoncito de tres meses.

Consagrados los viejos personajes á lucrativos asuntos de *prestamistería*, han reunido regular fortuna, y pasarían vida tranquila y sosegada, dulce y sonriente, en horizontes de color rosa, ó *nageant dans le bleu*, como dicen los franceses, para los que, sin duda, consiste la suprema felicidad en nadar en lo azul. Pero el genio de las abuelas es detestable (¡cosas de gente vieja!, podríamos decir nosotros, los pollos glaucos si que también modernistas), y á fuerza de mamporros y zapatillazos amargan la existencia de los dos abuelos, sus maridos respectivos, llenándoles de dolor el alma, y las costillas, al propio tiempo, por la violencia de los golpes.

Otrosí. Para contribuir á la trapatiesta diaria de la casa y á los sinsabores cotidianos de toda la familia, tienen las abuelas celos horribles entre ellas de que su personalidad respectiva no sea la preferida siempre, en todo caso y lugar.

La situación es insostenible, y llega el momento de acordar entre los abuelos una desbandada general.

El padre de la criatura, en vista de circunstancias tan críticas, recurre á una inspiradísima estratagema.

—¡Cómo!—exclama y grita cuando todos están reunidos—, ¿me abandonáis en el momento de tan espantoso dolor?

—¿Qué ocurre?—preguntan con ansiedad los antepasados.

—¡El nene se ha caído al pozo, y ha muerto!

Explosión de dolor; abrazo general, que á todos une, y el niño sale sano y salvo para alegría de los abuelos y también para que el público aplauda furiosamente, con justicia, la graciosísima situación cómica.

No es el asunto obra de romanos, arco de iglesia, ni para atinar con él han sido necesarias tantas vigilias como exigió la perforación del istmo de Suez; pero ¡cuanta gracia de buena ley y cuánto ríe el público!

Fué un verdadero éxito el de Viérgol, y ni un instante estuvo en peligro *El nene.*

La ejecución, primorosa; como en todas las obras que llegan á la escena del lindo teatro de Lara.

Admirables las Sras. Valverde y Rodríguez en su papel de abuelas celosas.

Deliciosísima, portentosa, así como suena, Leocadia Alba en la niña solterona.

Muy bien, y muy guapitas, las Srtas. Pardo y Rodríguez.

A la altura de su bien conquistada reputación los señores Rubio, La Riva, Sepúlveda, Simó-Raso y Pacheco.

Enhorabuena á Viérgol, y ruégole dé un abrazo en mi nombre al *Sastre del Campillo,* poniéndome á los pies de su señora.—S.-A.

(Heraldo de Madrid).

***

El nene es un gracioso entremés estrenado en Lara con buen éxito.

La Valverde, la Rodríguez de Rubio, la Alba, Matilde Rodríguez, la Pardo, Rubio, La Riva, Sepúlveda, Simó-Raso y los demás, representan diversos tipos con mucha *vis cómica.*

El autor, nuestro compañero de *El Liberal* D. Antonio Viérgol, fué muy aplaudido y llamado á escena.

(El Imparcial).

***

La obra de Viérgol estrenada anoche en Lara fué muy del agrado del público, que aplaudió justamente algunos de los tipos que en ella se presentan, y al final llamó al autor á escena varias veces.

Ese y no otro era, indudablemente, el objeto perseguido por el autor, quien se ha limitado á hacer un sainete sencillo, sin finalidad honda, mera presentación de tipos graciosamente caricaturescos, si no todos nuevos, presentados todos con novedad en una acción cómica, sin ser tan complicada como las que ahora se estilan en ese género.

Considerada así la que anoche vimos, y no es de otro modo, merece los aplausos que anoche obtuvo y los que ha de obtener en representaciones sucesivas, que, seguramente, serán muy numerosas. Lo único censurable es que Viérgol, quien con *Caza de almas* demostró que puede hacer infinitamente más de lo que ahora ha hecho, se limite á hacer tan poco.

Con el autor de *El nene* compartieron los aplausos los intérpretes de la obra Balbina Valverde, Matilde Rodríguez, la Alba muy singularmente, Rubio, La Riva, Sepúlveda y los demás que en la obra tenían papel.

La de ayer fué, pues, una buena noche para Lara, y aquí encaja como anillo al dedo la consabida muletilla: «enhorabuena á todos».—A. MIQUIS.

(Diario Universal).

***

El pasillo que, con el título de *El nene,* se estrenó anoche en Lara, es original del redactor de *El Liberal* D. Antonio Viérgol.

La obrita, muy bien representada por la Sra. Alba, las señoritas Pardo y Rodríguez, y los Sres. Rubio y Sepúlveda, fué acogida con mucho aplauso por la escogida concurrencia que llenaba el teatro.

En la obra del Sr. Viérgol están con arte combinados lo tierno y lo cómico.

El Sr. Viérgol fué llamado á escena a la terminación del pasillo.

(La Epoca).

***

El juguete cómico *El nene,* estrenado anoche en el teatro Lara, alcanzó un éxito franco y regocijado.

No hubo un momento de vacilación en el público, que se entregó riendo á mandíbula batiente la primera escena y siguió celebrando todas las situaciones cómicas y chistes, que son de mucha fuerza, cultos é ingeniosos.

El autor de *El nene* no ha recurrido en su obra al socorrido *quid pro quo.* ni al enredo que muchas veces resulta confuso y fatigoso. Como el baturro del cuento que se comía las *ternericas* «á juerza de pan», el Sr. Viérgol ha hecho *El nene* á fuerza de gracia y de habilidad escénica, desarrollando con

gran naturalidad el asunto y sosteniendo el interés hasta el desenlace.

Además de la gran sencillez, naturalidad y gracia que campea en *El nene,* merece también que se haga constar la soltura con que el Sr. Viérgol mueve las doce figuras que juegan en la obra.

La interpretación fué irreprochable, como la de todas las comedias que se estrenan en Lara.

Las Sras. Valverde y Rodríguez, hicieron dos consuegras mal avenidas, deliciosas; Leocadia Alba, una solterona ajamonada, graciosísima; y las Srtas. Pardo, Rodríguez y Romero desempeñaron sus papeles con acierto.

De ellos, Rubio encarnó admirablemente el gracioso distraído *Don Crisanto;* La Riva y Sepúlveda nos demostraron que saben copiar fielmente los esposos sometidos á sus irascibles medias naranjas; Simó-Raso, admirable metafísico, y contribuyendo al buen conjunto los Sres. Pacheco y Alemán.

Nuestro querido compañero en la prensa Antonio Viérgol, autor de *El nene,* fue llamado á escena repetidas veces al terminar la representación, y con los intérpretes compartió los honores del triunfo.

Enhorabuena.—A.

(El País).

***

Estrenóse anoche en este teatro un lindo juguete titulado *El nene*, que obtuvo del numeroso público que asistió al estreno, un éxito por demás halagüeño para su autor D. Antonio Viérgol, distinguido redactor de *El Liberal*, tan conocido y celebrado por los artículos humorísticos que en él publica, con el pseudónimo de *El Sastre del Campillo.*

El juguete fué interrumpido un sinnúmero de veces por las risas de los concurrentes. Y en las obras cómicas es la risa el mejor y más elocuente aplauso á que aspira el autor.

Tiene en realidad mucha gracia, no ya en la frase, sino principalmente por la agudeza de pensamientos; por eso no provoca carcajadas como los chistes groseros; pero mueve constantemente á la risa como todo lo que encierra gracia delicada y culta.

La idea en que se funda la obra, así como el desarrollo de ésta y su desenlace son muy originales y gustaron extraordinariamente. Con *El nene* ha probado una vez más el aplaudido autor de *La matadora* que conoce como el que más el arte de hacer comedias y de agradar al público.

Este le hizo salir varias veces al terminar la representación, lo propio que á los actores, que siendo *los de Lara* no hay que decir que representaron á maravilla sus respectivos papeles.—Arturo Pereda.

(El Correo).

***

Con un asunto sencillísimo, sin complicación alguna, ha hecho Antonio Viérgol un juguete cómico, que anoche obtuvo un éxito franco y envidiable. *El nene* no tiene más argumento ni más acción que los incidentes á que da lugar la rivalidad existente entre las dos abuelas de un niño de tres meses; y sin más que esto, sin apelar á ninguna inverosimilitud, sin intercalar ningún incidente grotesco ni inoportuno, desarrollado tan chico y sencillo asunto en una serie de escenas muy bien dispuestas y enlazadas, con mucha gracia, en un diálogo fácil y abundante en frases felices y rasgos ingeniosos, Viérgol ha hecho una obra agradable, entrenida, y que durará mucho tiempo en el cartel de Lara por derecho propio. Los personajes están bien dibujados y son de una perfecta realidad.

Así es que *El nene* alcanzó, como queda dicho, un éxito completo y legítimo, tan unánime como merecido. El público que ocupaba todas las localidades del teatro, rió las felices ocurrencias de la obra, aplaudió muchas veces, y al final hizo salir al autor buen número de ellas á recibir el justo premio de su acertada labor.

La ejecución, primorosa; los actores interpretaron le obra con el mayor esmero y merecieron aplansos. Las Sras. Valverde, Rodríguez y Alba (ésta llamada al final de una escena) desempeñaron admirablemente sus papeles, así como los señores Rubio, La Riva y Sepúlveda. Las Srtas. Pardo y Rodríguez Menéndez cumplieron muy discretamente su cometido; Simó Raso demostró una vez más en su corto papel sus excelentes cualidades, y los demás contribuyeron al esmerado conjunto.

Sinceramente felicito al amigo y compañero Viérgol por el legítimo éxito de su nueva producción.—A. J. Pereira.

(El Nacional).

***

Con el título de *El nene*, estrenóse anoche en la segunda sección del teatro Lara, un juguete cómico escrito por el simpático é ingenioso escritor que ameniza las columnas de nuestro querido colega *El Liberal* con primorosos artículos, ostentando la firma de *El Sastre del Campillo.*

El mérito principal de la obra estrenada consiste en la sencillez de su argumento. Sobre un detalle insignificante de la vida, sobre una distensión (digámoslo asi), realizada en el organismo humano por efecto de una emoción natural y sencilla, ha basado Antonio Viérgol toda la tesis (!) de su último sainete, derrochando el ingenio á manos llenas en el diálogo y consiguiendo que, sin un solo chiste pecaminoso ó ligeramente denunciable, se mantenga en funciones la hilaridad

del auditorio, que menudeen los aplausos durante la representación y que al terminar se ésta, se levante el telón cinco ó seis veces para que el autor recibá, en unión de los actores que le han ayudado en la artística jornada, el premio que el público le otorga por unanimidad y con cariñoso entusiasmo.

Lo que más llama la atención en *El nene* es la verdad y el acierto que han presidido al trazado de los caracteres. Todos estos, tienen detalles especialísimos, y en la combinación de las escenas resalta ese agradable conjunto que constituye la mayor belleza de un valioso mosáico cuando en éste aparecen al primer golpe de vista, la maestría y la inspiración del artífice que supo confeccionarlo.

Contribuyó poderosamente al éxito de *El nene*, la *afiligranada* ejecución de las actrices y de los actores que figuraban en el reparto.

Balbina Valverde y Matilde Rodríguez, rivalizaron en *vis cómica*, al caracterizar dos suegras del género furibundo y... contundente. Ya pueden figurarse los lectores el efecto escénico que resultaría de semejante pugilato. Leocadia Alba no quiso ser menos y creó un tipo de solterona en estado de ninfomanía, que figurará entre las mejores creaciones realizadas por esta notable actriz, tan querida del público madrileño. Las señoritas Pardo y Rodríguez, encajaron admirablemente diciendo muy bien los papelitos que les habían sido encomendados.

Admirables (así como suena), los Sres. Rubio, Sepúlveda, La Riva y Simó Raso, y claro está que con un cortejo de esta clase, el paseo de *El nene* por el escenario del teatro Lara, ha de hacerse interminable.

My dear Vier ol; please accept the war mest congratulations from.—MISS-TERIOSA.

(La Correspondencia Militar).

Obras del mismo autor

Caza de almas.—Comedia en un acto y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara. (2.ª edición).

Ramitos de flores.—Entremés en prosa, muy adecuado para beneficios de damas jóvenes, estrenado con gran éxito por la genial Loreto Prado en el Teatro Cómico.

La matadora.—Comedia en dos actos y en prosa, estrenada con gran éxito en el Teatro Lara.

La visión de Fray Martín.—Zarzuela en un acto y cinco cuadros, en prosa, música del maestro Giménez, estrenada en el Teatro Lírico.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta